

Decimosexto Domingo del Tiempo Ordinario A2023

La gente divide instintivamente a la humanidad en dos grupos: los buenos y los malvados, amigos y enemigos. La trágica consecuencia de tal distinción es la intolerancia y el deseo de resolver rápidamente, e incluso violentamente, las tensiones que se derivan de ellas.

La actual situación de guerra en Ucrania con sus atrocidades en las infraestructuras civiles y donde Rusia quiere subyugar a un país legítimo e independiente puede ayudarnos a imaginar hasta dónde puede llegar la locura humana.

Los problemas que enfrentamos aquí son complejos: ¿Dios ve todos estos acontecimientos o no? ¿Por qué deja que las cosas sucedan de esta manera? Si en el mundo hay malos y buenos, ¿por qué no interviene eliminando a los malos? De todos modos, ¿por qué existen entonces los malos y los buenos y no sólo los buenos?

Todas estas preguntas están entre las que hacemos. Las lecturas de hoy responden al explicar cómo el mal ha entrado en el mundo dentro de la buena creación de Dios y cuál es la postura de Dios con respecto a la presencia del mal en el mundo.

Para el libro de la sabiduría, Dios usa su fuerza no para dañar a los seres humanos, sino para salvarlos.

Su poder es grande, pero no la usa para castigar o traer el mal a los seres humanos. Es amable y tolerante con todo el mundo. Él es el Señor de todos, y tiene poder sobre los justos e los injustos por igual. No puede reservar su amor sólo para unos pocos.

Mientras que la gente usa su poder para asustar y subyugar a otros, para forzarlos a obedecer, Dios permanece amable y tolerante. Su poder es la fuente de la justicia y su señor sobre todas las cosas la base de la paciencia. Incluso cuando juzga, lo hace con clemencia e indulgencia.

¿Por qué Dios actúa de esta manera? Primero, quiere enseñarnos que si estamos dispuestos a ser justos, debemos amar a los demás, y no solo a los que son buenos. Segundo, quiere dar a los pecadores el tiempo de convertirse. En otras palabras, Dios no ama sólo a los justos ya los buenos; ama a todos, incluso a los malvados. Ellos también son sus criaturas y lo único que quiere es que cambien de vida y sean felices.

Para Jesús, Dios es paciente y amable. Él no es como los seres humanos. Si los sirvientes se interesan mucho por el campo, cometen el error de impacientarse al querer eliminar la maleza de inmediato. Si el dueño mantiene la calma y no comparte su angustia, es porque revela la actitud de Dios ante el mal que existe en el mundo, así como en la iglesia y en cada individuo.

El bien y el mal, dice el dueño, no se pueden separar, tienen que crecer juntos y así será hasta el final de los tiempos. La separación se llevará a cabo, pero no este año, no hoy, no inmediatamente.

¿Por qué no se puede hacer de inmediato? Porque la línea que separa el bien del mal no pasa en el espacio entre los individuos, o los grupos de individuos; pasa dentro del corazón de cada persona. Encontramos el bien y el mal en cada persona. Por eso no es posible intervenir con fuego del cielo; de lo contrario todo sería destruido, tanto el mal como el bien.

Incluso los malvados de la gente tienen algo bueno en ellos. ¿Por qué simplemente quemarlos de una vez por todas? “Mantén la calma”, decía el dueño; aceptan la existencia del bien y el mal uno al lado del otro.

Aquí tenemos la más increíble invitación no solo a la paciencia y la tolerancia, sino también al optimismo. Si Dios se ha limitado a un orden de cosas que incluye a los buenos y los malos hasta el fin del mundo, esta mezcla tiene su propósito. Es para que podamos ayudarnos unos a otros a ser buenos.

Incluso si hay maldad en el mundo, no es la última palabra. En cambio, el bien prevalecerá sobre el mal. Esto es lo que ilustra la parábola de la semilla de mostaza. La misma enseñanza sigue siendo válida acerca de nuestras propias dificultades con la educación de nuestros hijos, la decepción en nuestros trabajos, las dificultades en nuestra vida matrimonial o el escándalo en nuestra iglesia, etc.

Aunque en nuestro trabajo no tengamos el éxito que esperamos, el final será diferente. Esto queda bien ilustrado por la desproporción entre el pequeño comienzo y el gran resultado final de la mostaza. Una pequeña semilla de mostaza, casi invisible a la vista, da lugar a un arbusto que crece casi veinte centímetros de alto; unos pocos gramos de levadura hacen que suba una gran cantidad de masa.

Este optimismo, sin embargo, se ve atenuado por el hecho de que al final habrá un juicio, lo que significa que todos estamos llamados a la conversión. Nadie puede confiar en la misericordia y el perdón de Dios sin sentir la necesidad de transformar su vida. Para lograr tal fin tenemos que orar incesantemente al Espíritu Santo, porque sólo él sabe interceder por nosotros de la manera que es conforme a la voluntad del Padre. Aprendamos a ser pacientes los unos con los otros ya trabajar por nuestra conversión y la de nuestros hermanos y hermanas.

Sabiduría 12: 13, 16-19; Romanos 8: 26-27; Mateo 13: 24-30



Fecha de la Homilía: el 23 de Julio, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230723homilia.pdf